

He tenido que implantar respeto a base de tacón

Romper con lo históricamente legitimado por la sociedad implica un desafío constante. Escambray dialoga con Mia Rochelle Ramos Peraza, una joven de 18 años que lo vive en su día a día

Lisandra Gómez Guerra

Cuesta llegar hasta el fondo de los dos pedazos del alma que entre un azul claro y un verde intenso —en dependencia del día— obligan a mirarla de frente. Al intentar conquistarlos se tropiezan con demasiados escudos, anécdotas... Solo ella conoce sus verdaderas causas.

“Soy la mujer que he querido ser —se presenta sin más explicaciones Mia Rochelle Ramos Peraza, espirituaña de 18 años y con una historia de vida en franco duelo con el patriarcado—. La única persona que me entiende totalmente soy yo. Por tanto, soy Mia, soy única”.

Un breve recorrido por su biografía revela disforia de género, incomprendimientos, acompañamiento familiar, rechazos, cuestionamientos, miradas de reojo, crecimiento personal...

“Siempre supe que era diferente. Esa teoría de que nací en un cuerpo equivocado no es la Mia. Este sí es mi cuerpo. Simplemente no conté con el privilegio como otras personas de tener una identidad respaldada por un sexo biológico. Tuve que aprender a amarlo tal y como es”.

Habla y parece tan fácil, tan natural, que solo sus ojos lo niegan. Detrás de cada palabra están las huellas de los días en que mirarse desnuda frente al espejo resultaba imposible, cuando el ahogo en llanto era la única vía para aliviar las frustraciones, cuando las frases defensivas en ristre se convirtieron en tablas de salvación.

“Cuando me senté con mis padres no los sorprendí. Quienes no lo sabían era porque se negaban a ver. Mi familia me apoyó”.

Pero Mia Rochelle no vive entre cuatro paredes. Hay estereotipos, prejuicios, representaciones sociales, roles..., demasiados molinos de viento en un escenario hostil cuando se rompe con lo históricamente normado.

“Con las amistades nunca he tenido problemas porque he sabido elegir bien a quienes me rodean. Mas, en la secundaria sí choqué con los criterios del director. Luego, empecé el técnico de nivel medio en Enfermería y allí no asimilaban que las mujeres transexuales existimos. No me querían decir Mia, sino mi nombre legal, me entregaron el uniforme de modelo masculino.

“Explico siempre que no elegí esa especialidad de las Ciencias Médicas porque tenía vocación, sino porque pensé que me facilitaría mucho más mi proceso de transición”, cuenta para justificar por qué, a pesar que excelentes notas le permitieron formar parte de la matrícula del Instituto Preuniversitario Vocacional de Ciencias Exactas (IPVCE), no llegó a poner sus pies en el centro. Desde ahí, su sueño de estudiar Licenciatura en Psicología hubiera sido mucho más fácil.

“Averiguamos y nos confirmaron que debía estar vestida de hombre, según consta en mi Carné de Identidad y lo que creen muchas otras personas que soy. Decidí entonces la otra opción. Ya había vivido mis tres últimos años como estudiante en un verdadero cautiverio. En ese momento, mi prioridad era mi proceso de transición”.

¿Cuál ha sido el precio de no corresponderse tu identidad con tu sexo biológico?

“Muchas depresiones”.

¿Cómo ha sido lidiar con el rechazo de quienes aún no respetan la diversidad y pluralidad de nuestra sociedad?

“Fue por muchos años mi mayor miedo, pero al lidiar día a día con él ya no me provoca esa sensación. Lamentablemente, la comunidad trans lo experimenta constantemente. Mas, he aprendido que lo importante es levantarse.

“Nuestra sociedad vive en las cavernas. Si una persona no entiende algo tan básico como el matrimonio entre dos seres que se aman, ¿cómo pedir que entiendan a una persona como yo o a una no binaria? De ahí que he tenido que implantar respeto a base de tacón”.

A raíz de las incomprendimientos y discriminaciones por parte de algunos docentes hacia su persona, el Servicio de Orientación Jurídica del Cenesex en la provincia dialogó con quienes conducen los procesos en el técnico de nivel medio de Enfermería. ¿Se cumplió lo acordado?

“No del todo. Muchos profesores, los de siempre, me llaman Mia, pero a los otros les cuesta. Cuando dicen el nombre del registro me ofrecen disculpas. Creo posible equivocarnos una o dos veces. Ya más es porque lo desean hacer. Si algo bueno me trajo la covid, el tiempo que estuve fuera de la escuela, resultó el enriquecimiento de mi inteligencia personal. Tanto así que ya no me molesta que lo hagan porque estoy clara de la mujer que soy”.

Mira hacia atrás y se sorprende. No imaginó que esa seguridad se le ciñera a su alta estatura. Se siente orgullosa de cada aprendizaje, aunque todas las heridas no han cicatrizado.

“Los problemas en casa tuvieron lugar cuando decidí hormonarme. Empecé a averiguar. Las primeras las conseguí por mi cuenta y las dejé en casa de una amiga. Cuando ellos lo conocieron aparecieron los cuestionamientos porque, como quiera que sea, a corto o largo plazo, terminan afectando y mucho más al no ser acompañadas por un tratamiento médico. Pero mi mamá comprendió que era mi decisión y me respetaron. Actualmente, no tenemos ninguna contradicción, salvo por mi carácter, soy muy fuerte”.

Consultas, primero en Sancti Spiritus y luego en La Habana, permitieron que Mia, junto a la lectura de cuanta información cayera en sus manos, encontrara respuestas a muchas de sus preguntas.

“No todas las mujeres transexuales tienen la posibilidad de ir a la capital y solo allí se tiene acceso al tratamiento hormonal. De manera directa e indirecta, eso provoca que muchas consuman otros medicamentos. Eso no influye en como sean, no respondemos a cánones de belleza preestablecidos. Cada mujer es única. No me canso de decir que he tenido muchos privilegios, pero estoy convencida de que chocaré con obstáculos en el sector de la salud por cirugías que pudieran llegar.

“En cambio, sí he sentido en carne propia los vacíos jurídicos y administrativos que nos desprotegen e impiden que el proceso de transición logre su concreción en otros aspectos como el cambio de nombre en los documentos legales. De ahí que considero tan importante la existencia de una Ley Integral de Género que, como el Código de las Familias, visibilizaría una realidad desde la inclusión”.

Pero en Cuba hay disposiciones legales como el Código del Trabajo y la propia Carta Magna que enfrentan toda expresión de discriminación...

“Sí, por ejemplo, sentí ese respaldo cuando el Cenesex me acompañó cuando lo vivido en la escuela, pero no es suficiente”.

Tan desenfadada como su pelo rojo al viento y sus caderas cadenciosas, Mia Rochelle Ramos Peraza ha conquistado el escenario virtual, al estilo del popular personaje Vivi Guedes.

“Todo comenzó por un *reality* de belleza femenino. Concurse junto a otras nueve, era la única mujer trans y gané. Luego, me abrí una cuenta en Twitter, mi red social preferida, y publiqué quién soy. Fue una locura. Retuits, hates, fans... en un mes 5 000 cuentas me seguían. Pero no soporté tantas publicaciones discriminándome y la cerré. Cuando entendí que estaba preparada, regresé a esa red social y ya tengo más de 20 000 seguidores. Las polémicas generadas por los ataques de los internautas han aumentado mi visibilidad y he contribuido a mostrar una realidad no siempre conocida”.

¿Sientes que en cada vínculo con otras personas educas?

“Sí, aunque transformar siglos de pensamiento precisa de mucho tiempo, pero me gusta, porque a la vez que les enseño a respetar lo desconocido enseñan a otros. Me siento bien al saber que cuando llegue otra nena trans a las aulas espirituañas ya no deberá pasar por los trabajos que yo pasé, porque estarán sensibilizados con el tema”.

¿Es Mia una mujer de etiquetas?

“No me molesta que me digan que soy una mujer trans porque estoy muy orgullosa de ello. Aprendí que la etiqueta de trans no girara en torno mío porque muchas personas caen dentro de la misma y no lo son”.

Escucharla contagia demasiada energía por salir a conquistar la vida toda. Mas, Mia, la muchacha que prefiere la soledad de su casa o los espacios tranquilos para conversar, reconoce que es necesario de vez en vez tomarse un respiro. Lo ha hecho en más de una ocasión, desde que en su adolescencia comenzó a crecer, madurar y encauzar su camino.

“Hace unos meses conocí a una persona que me hizo aceptarme como la mujer que soy. Al explorar mi sexualidad al máximo no pienso hacerme la reasignación de sexo. Las mujeres con pene existimos. No tengo que adaptar mi cuerpo a lo que socialmente es correcto.

“Estoy centrada en mi superación. Quiero que me recuerden luchadora, fuerte, empoderada, capaz de ser lo que me propuse. Y no lo que me han obligado muchas veces a sacar como expresiones defensivas. A Mia le encanta reír, llamar la atención...”.

Y sus ojos tan inmensos —como ella misma, aunque solo tenga 18 años— lo confirman. Asoma la limpieza de un alma galopante en franca lucha por desatar históricas amarras sociales.

“He crecido tanto, y lo que me falta, porque en mi vida no voy a permitir jamás la involución”.

